

Este libro ha sido preparado como una guía para el estudio de los concurrentes a un curso dictado por el autor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y pretende dar líneas directrices para la comprensión de este problema, sobre las cuales puedan desarrollarse ulteriores trabajos de investigación. En el capítulo primero encuentra la investigación sobre la idea de América en el marco teórico de la nueva disciplina "Historia de las ideas", debiéndose tener en cuenta su diferencia con la Historia filosófica propiamente dicha. En el segundo analiza el origen de la palabra "América" para designar una entidad geográfica e histórica determinada, lo que le permite rastrear los caracteres iniciales de la colonización española, para posteriormente distinguirlos de los que acompañaron la marcha de los colonos en América del Norte. Es así como quedan caracterizadas dos culturas y dos tradiciones, hecho que deberá tenerse en cuenta para sopesar la tesis del autor, según la cual no existe una auténtica unidad política en América, lo cual no impide que haya sí, una cierta unidad histórica que no cierra del todo la puerta a una eventual unidad continental, pero que nunca podría hacerse con desconocimiento de estos profundos caracteres diferenciales que, como es lógico, cada parte debe tratar de mantener pues constituyen su identidad misma. En el capítulo quinto centra su consideración en la identidad hispanoamericana, como una suma de ensayos y esfuerzos por lograr una toma de conciencia iniciada muy tempranamente y cuyos hitos, que se exponen seguidamente, serían en grandes rasgos: el positivismo, la reacción antipositivista, la influencia orteguiana y la de Gaos. El profesor Abellán interpreta que el positivismo fue la primera ideología de que se valieron los americanos para tomarla como propia y diferenciarse así de la cultura escolástica y tradicionalista que los ligaba a España, y que determinó los caracteres que asumió esta primera etapa del pensamiento hispanoamericano: rechazo de una cosmovisión teocéntrica, el liberalismo político y económico, el naturalismo moral y la exaltación del industrialismo. Esta primera ideología aglutinante, una vez cumplida su función histórica de romper los vínculos con el pasado, sufrió los embates de una fuerte

reacción que se inicia con el siglo *xx* y en que comienza ya a plantearse la identidad de lo americano como temática constante y con enfoques personales muy valiosos, como el de Rodó. La influencia de Ortega, analizada en el capítulo séptimo, fundamentó un movimiento de historia de las ideas, aunque no tanto por sí mismo, cuanto por la influencia directa de José Gaos.

La historia de las ideas en hispanoamérica tiene como pilar la figura señera a José Gaos, autor muy caro a Abellán, y a cuya albor dedica el siguiente capítulo. Gaos, a lo largo de sus tareas en el Seminario que dirigía, fue formando jóvenes a quienes impulsó en la búsqueda del hilo explicativo de la tradición americana. Fue también quien primeramente señaló los peligros y los errores del movimiento que había contribuido a crear. Radicado en México, reconoce lo mucho que debe a ese país que salvó su vida intelectual, y pagó en parte esa deuda, según sus propias palabras, con la dedicación constante a la historia de las ideas de México. Y en cuanto a las muy certeras puntualizaciones que opuso en su momento al entusiasmo por "lo" mexicano y "lo" americano como temática, hay que reconocer su insistencia en proclamar que si los americanos hacen auténtica filosofía, ella será americana, por el espíritu de sus creadores y no por una temática especial a la que debieran constreñirse. La cuestión no es que los americanos filosofen sobre América, sino que los americanos *filosofen* en serio y con autenticidad. Y este consejo de Gaos debería repetirse constantemente aún hoy.

En el capítulo noveno el autor muestra este sentimiento autoctonista en el ensayo literario, recogiendo nombres de muy diferentes épocas y países, desde Sarmiento (con *Facundo*, en 1845), pasando por Martínez Estrada, también argentino, pero contemporáneo, siguiendo con Alfonso Reyes, mexicano de principio de siglo, Octavio Paz y su *Laberinto de la soledad* (1950) considerado uno de los libros que toca más hondamente el tema. Y podemos seguir citando a René Márquez, Luis Palés Matos, Luis Cardoza y Aragón, Benjamín Subercaseaux, Luis Durand, Víctor Andrés Belaúnde, Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y otros más que omitimos en razón de la brevedad de una reseña, pero que demuestran los amplios conocimientos de Abellán sobre el ensayismo autoctonista americano.

En el Epílogo se resumen los caracteres que han ido apareciendo a lo largo de la obra, y que el autor ve emparentados directamente con la tradición española de la que sería suicidio histórico quererse desentender. Estos dos rasgos fundamentales son: el sentimiento de continuidad con la cultura española que evidencian los más valiosos pensadores americanos y su tendencia a un humanismo real. Sólo continuando con esa veta encontrará América hispana los verdaderos motivos de identidad y unión que está buscando desde los tiempos de Bolívar y de las encendidas frases de José Martí.

Cierra el libro una tabla cronológica donde en forma paralela se comparan los hechos histórico-políticos, la cultura y las contribuciones a la idea de América,

desde 1492 a 1970. Como guía de trabajo y orientador en algunas direcciones de investigación, que por supuesto pueden ampliarse, y aún discutirse y rectificarse, resulta una obra de innegable interés.

CELINA A. LERTONA MENDOZA